

30 de octubre de 2024 - Miércoles de la 30ª semana

[Ef 6, 1-9; Lc 13, 22-30](#)

Homilía

Si no les importa, empezaremos analizando el significado de varias expresiones de este pasaje del Evangelio de Lucas, y luego veremos cómo este mensaje se aplica también a nosotros.

Lucas sitúa este relato en el contexto de la subida de Jesús a Jerusalén. Todavía no se preocupa de subrayar la importancia de Jerusalén. En cambio, subraya el hecho de que Jesús está en camino. Jesús no tenía dónde quedarse; ya no era bienvenido en las sinagogas. Así que predicó su mensaje en plazas públicas de ciudades y pueblos.

Fue entonces cuando alguien le preguntó por el número de los elegidos. Aquí, por desgracia, las traducciones modernas suelen hacer una interpretación que cambia el sentido del texto. La pregunta no es: «Señor, ¿sólo se salvarán unos pocos? Obviamente, entonces entendemos esta pregunta en una perspectiva futura, de salvación eterna. «¿Irán muchos al cielo?» Pero este no es el sentido original del texto. El texto griego de Lucas, traducido literalmente, dice simplemente: «¿Son pocos los que se salvan (oi sôzómnoi)? La pregunta está en presente, no en futuro.

En el Evangelio de Lucas, «salvarse» significa siempre «*formar parte de la comunidad de Jesús*». Así, por ejemplo, en los Hechos de los Apóstoles, Lucas dice que «El Señor añadía cada día a la comunidad los que se salvaban (*tous sôzómnois*)» (Hch 2,47). La cuestión fundamental es si la salvación está reservada a un pequeño grupo privilegiado, en este caso el pueblo de Israel, o si está abierta a todos.

Como suele ocurrir, Jesús respondió algo distinto de lo que se le preguntaba. La pregunta era sobre «cuántos»; su respuesta fue sobre «cómo». El significado global de la respuesta de Jesús es que, con su propio paso por la muerte y la resurrección, todo cambia. Esto queda simbólicamente significado por la expresión «*Cuando el dueño de la casa se haya levantado y haya cerrado la puerta*». A partir de ahora, Judíos y Gentiles están en pie de igualdad. Ser salvo (de aquí en adelante y para la eternidad) no depende de pertenecer a una nación, grupo o institución privilegiada. Depende de cómo vivas tu vida.

La respuesta de Jesús comienza con la palabra «*esforzaos*». - *Esforzaos por entrar por la puerta estrecha*«. Por desgracia, la expresión «*esfuérzate*» ha perdido toda su fuerza en nuestro lenguaje cotidiano.

Decimos a alguien « *esfuérsate por llegar a tiempo “, ” esfuérsate por comprender “, ” esfuérsate por ser amable* ». En general, esto no implica mucho esfuerzo. De hecho, la expresión utilizada por Lucas (*agonízesthe*) es mucho más fuerte. Podría traducirse: « *lucha, hazte violencia a ti mismo, para forzar tu paso por la puerta estrecha* ». Se trata de hacerse violencia a uno mismo, como en otras palabras de Jesús que dice que el reino de los cielos sufre violencia y sólo los violentos lo conquistan.

Muchos, dice Jesús, recibirán del Dueño de casa, es decir, de Él mismo, el Resucitado (cuando «haya resucitado»), la respuesta « *no sé de dónde vienes* ». Se explica la razón de esta dura respuesta: « *Apártate de mí, tú que practicas **la injusticia** “ (la Biblia de Jerusalén y todas las mejores traducciones lo traducen como “ *tú que practicas la injusticia* “ y no, como hace el leccionario litúrgico, “ *tú que practicas el mal* »). La condición esencial para pertenecer a la comunidad de Jesús es practicar el amor y la justicia hacia el prójimo. Quien practica la injusticia (en el sentido que la entendían todos los grandes profetas de Israel) se aparta de la comunidad de los creyentes y, por tanto, se aparta de Cristo. Es exactamente el mismo mensaje que en Mateo 25: «Tuve hambre y me disteis de comer... o... tuve hambre y no me disteis de comer...».*

La lección para cada uno de nosotros es clara y puede resumirse en pocas palabras. Somos unos privilegiados. Hemos recibido el don de la fe; pertenecemos a la Iglesia; algunos de nosotros pertenecemos a una comunidad monástica; estamos todos reunidos aquí, en una gran comunidad litúrgica, para celebrar esta Eucaristía. Todos estos son dones que hemos recibido, todos medios que se nos han dado para vivir según el Evangelio de Jesús. Pero nada de esto garantiza nuestra salvación. La condición para salvarse -es decir, para formar parte de la «comunidad de Jesús» en toda verdad- es « *practicar la justicia* », es decir, conformar toda nuestra vida a los dos mandamientos, que son uno: el amor a Dios y el amor al prójimo.

Armand Veilleux